

Prólogo

EL IMPULSO ELÉCTRICO

Un día volviendo a casa de madrugada después de hacer el programa aprendí algo importante... Me dije: «Haz un amigo cada día y serás el hombre más afortunado del mundo». Creo que ese pequeño pensamiento me cambió la vida a los cuarenta y dos años. La verdad es que a partir de cierta edad ya no haces amigos nuevos porque íntimamente no paras de sacarles defectos, y más íntimamente te da miedo entregarte a gente nueva, no vaya a ser que te defrauden. Pero aquella noche estaba animado porque había conocido a un invitado especial. Ésa es la fuerza de un pensamiento.

Un pensamiento es un impulso eléctrico dentro de tu cerebro capaz de cambiar tu estado de ánimo en décimas de segundo para bien y para mal. Por eso creo que la obra que tienes entre las manos es valiosa, porque está llena de pensamientos que pueden cambiar una vida.

Si estás dudando entre varios libros, escoge éste. *Donde tus sueños te lleven* es un libro inspirador, lleno de hallazgos y buenas ideas que puedes incorporar a tu vida cotidiana para sentirte completo, sereno y en equilibrio con el mundo. Yo ya lo he hecho.

Para que haga efecto la pócima mágica te sugiero que apuntes a mano en una libreta las frases que más te impacten, y que las leas cada noche, antes de ir a dormir, durante dos semanas seguidas.

En el fondo, sólo somos monos con el lóbulo frontal un poco más grande y, como ellos, también somos animales de costumbres. Todo lo que repites durante dos semanas se convierte en un hábito: si haces deporte todos los días durante dos semanas, empezará a formar parte de tu vida cotidiana de la misma forma que te lavas los dientes cada mañana casi sin darte cuenta (eso espero); si estás dos semanas sin fumar ni una sola calada de un cigarro, te quitas el síndrome de abstinencia de la nicotina y puedes dejarlo definitivamente; y si lees algo que te impactó durante dos semanas seguidas, esas palabras pasan a ser tuyas, se convierten en tus pensamientos... Y te curan. ¡Que lo disfrutes!

PABLO MOTOS

Introducción

Joshua abrió los ojos. Ante él estaba a punto de ocurrir un auténtico milagro de la naturaleza: un mágico y brillante amanecer. Un espectacular cielo rojizo empezaba a relucir en impresionante contraste con el perfil de las inmensas montañas nevadas del Himalaya y la oscuridad brumosa del valle.

El sol comenzaba a asomarse para darle los buenos días y acariciar sus mejillas a pesar del helado y cortante frío de la mañana. Joshua sabía que debía dar las gracias, y así lo hacía cada día, acogiendo al astro rey con el más absoluto asombro, como si viese a un viejo amigo al que pensaba que jamás volvería a ver. Y por ello, cada día, recibía al sol con la misma frase: «Gracias por un nuevo y maravilloso día libre de cambios».

Joshua había vivido más de lo normal, y era el ser más agradecido que nadie pueda concebir. Sus ojos brillaban de manera especial, como incrédulos y sorprendidos ante el nuevo día, dando gracias por todo, ya que como siempre decía: «Serás agradecido por ser agradecido».

* * *

La mayoría de las personas damos por hecho, asumimos sin más, que el sol volverá a salir cada mañana. En gran parte, muchos incluso hemos perdido la maravillosa y necesaria actitud de asombro, absorbidos por nuestras rutinas y las preocupaciones diarias,

tal vez pensando inconscientemente que disponemos de todo el tiempo del mundo; esperando que las cosas mejoren en nuestra vida; que, cuando encontremos ese misterioso algo que sentimos que nos falta, la armonía llegará a nuestra vida; con la esperanza de que el mañana sea mejor que el hoy, sin darnos cuenta de que la vida es eso que pasa mientras esperamos un futuro mejor.

* * *

Desde el monasterio de Rongbuk, las vistas son un auténtico privilegio para los sentidos. Con la imponente y majestuosa cima del mundo al frente, el monte Everest, uno se siente en el centro de la inmensidad de un océano. Allí se percibe paz, armonía, se aprecia el mágico y formidable orden de la naturaleza. Y uno se siente integrado en un todo, un todo perfecto e inconmensurable, uno se siente parte de su energía, y al mismo tiempo, embargado por la humildad.

Rongbuk se encuentra en la región de Shigate, en el suroeste del Tíbet, frente a la cara norte del Everest. Se considera que es el monasterio más alto del mundo, ya que se encuentra a unos 5.200 metros de altura.

No hace mucho, eran pocos los occidentales que llegaban hasta esta remota región del planeta, si bien hoy en día eso ha cambiado con las innumerables expediciones de escaladores y turistas. El monasterio de Rongbuk es una ruta de paso obligatoria para todos aquellos montañeros que quieren acceder al Everest por su cara norte en búsqueda de la gloria. Además del Everest, también se pueden divisar desde Rongbuk el Shishapangma, el Cho Oyu y los picos de Gyachung Kang, que se encuentran en la frontera entre el Nepal y el Tíbet. El monasterio fue fundado en 1902 por un Nyingmapa Lama en una antigua área donde había refugios y cuevas de meditación que habían sido utilizados por monjes y ermitaños durante más de cuatrocientos años.

Desde él, la vista del monte Everest —Chomolungma [Diosa Madre] en tibetano— es verdaderamente sobrecogedora. Hoy en

día, el monasterio de Rongbuk es accesible en vehículo por un interminable y pedregoso camino rural que bordea enormes barrancos y ríos en el mismo corazón del Himalaya.

Hasta hace unas décadas, todos aquellos que querían llegar hasta este santuario tenían que caminar durante más de cinco agotadoras semanas desde Darjeeling, lo que les ayudaba a aclimatarse a la enorme altitud donde se alza el monasterio. El viaje también servía de proceso de preparación mental para todos aquellos escaladores que iban en busca de su sueño. El santuario es el último asentamiento humano para todos los montañeros antes de comenzar su viaje hacia el campo base de la cara norte del Everest.

El monje fundador de Rongbuk tuvo una gran reputación; fue un lama extraordinariamente sabio y respetado en todo el Tíbet. En su momento mantuvo contacto con los primeros escaladores que llegaban al valle impulsados por el espíritu de aventura, el reto y la superación personal.

Aunque nunca comprendió bien las motivaciones de aquellos hombres que decían ser peregrinos de la aventura, del descubrimiento de su capacidad personal y el sacrificio para conocerse a sí mismos, el lama siempre interpretó que seguían un camino alternativo, y más arriesgado, para llegar a un mismo destino.

A pesar de verlos un poco como herejes y un poco locos, siempre les daba su protección y los proveía de víveres, e intentaba convencerles y rezaba para su conversión al budismo. Después de recibir las bendiciones del lama, fueran cuales fuesen sus creencias religiosas, todos sentían una extraña y nueva sensación espiritual en sus mentes y lograban enfocarse mucho mejor, quizá guiados por los dioses que habitan entre las nieves.

* * *

Rongbuk es el umbral sagrado del Everest, y un lugar muy especial para Joshua. Años atrás había sido un reconocido escalador que logró grandes hazañas. Esta vez, sin embargo, Joshua no regresaba para escalar y admirar sus paisajes. Tenía una misión y un propósito mucho mayores.

Joshua mantenía una relación especial con los monjes del monasterio y, tras sus numerosas visitas a lo largo de los años, era verdaderamente admirado. Se le respetaba como a un ser superior por sus extraordinarios conocimientos.

De forma misteriosa, parecía que el tiempo no pasaba para él. Se contaban muchas historias al respecto, pues nadie sabía su edad a ciencia cierta. Puede que el propio lama, con el que mantenía una larga amistad, fuese su mayor confidente, ya que atesoraba recuerdos sobre Joshua que nadie más conocía.

Por las casualidades inherentes a la vida, Joshua nació en Lech, un pequeño y precioso pueblo austríaco en el valle de Arlberg. Con tan sólo dos años comenzaron sus continuos traslados por el mundo. Su padre, un diplomático norteamericano, nació en un idílico pueblo de Vermont llamado Quechee, y su madre fue una mujer de una gran personalidad nacida en Zaldibar, un pueblo del País Vasco del que también se fue siendo niña. Desgraciadamente, ella falleció en un accidente de coche cuando Joshua tenía nueve años.

Años más tarde, Joshua tuvo un hijo llamado Michael, y debido a sus constantes traslados, este niño, desde una temprana edad, vivió en diversos países con culturas muy diferentes. Aprendió varios idiomas y conoció distintas tradiciones, religiones y creencias. Eso le ayudó a tener una mente inquieta, abierta y muy receptiva, algo que heredó claramente de su padre, así como el amor por la naturaleza. Por ello, al igual que Joshua, desde muy joven la gran pasión de Michael fue la montaña.

Joshua pasó su vida viajando. Esa mezcla de culturas y creencias causaron un gran impacto en su personalidad, lo que le llevó a ser un auténtico estudioso de la filosofía y la psicología. Desde joven sintió la fascinación por la mente humana y el desarrollo personal, en un intento de comprender mejor y más profundamente la naturaleza del ser humano. Nunca dejaban de sorprenderle las diferentes actitudes y reacciones de las personas ante similares circunstancias en las distintas partes del mundo, en función de su cultura y educación.

Joshua dedicó gran parte de su vida al estudio de los grandes

maestros, escritores y filósofos de la historia. Su ansia por adquirir más conocimientos, la constante investigación por encontrar respuestas y el anhelo de seguir descubriendo los infinitos poderes de la mente, lo convirtieron en un estudiante de por vida.

Con los años adquirió un conocimiento único, e intentaba convertir todos los acontecimientos de su vida en oportunidades para crecer y superarse. Gracias a ello, logró llegar a unos niveles de consciencia que muy pocos serían capaces ni siquiera de imaginar. Su poder mental llegó a límites que la ciencia por entonces no podía explicar. Sin embargo, con el tiempo y los avances tecnológicos, esa ciencia comenzó a vislumbrar lo que él había logrado.

El accidente

La historia de Joshua cambió drásticamente en el Himalaya. Su hijo Michael era un gran escalador con varios ocho miles a sus espaldas, había escalado en todos los continentes, buscando nuevos desafíos y sueños que cumplir, y necesitaba las montañas como cualquier ser humano necesita el aire para vivir. Constantemente perseguía la descarga de adrenalina que generaba su cuerpo cuando se enfrentaba a los grandes retos de la vida, poniéndose a prueba a sí mismo y observando cómo, una y otra vez, seguía superando sus propios límites.

Michael sabía transmitir ilusión y esperanza a todos aquellos que lo rodeaban. Quienes lo conocían consideraban su amistad como un don; a todos les gustaba estar a su lado porque, cuando estaban con él, realmente se sentían mejor. Era casi una sensación física. Por eso, en cierto sentido, atraía a los demás. Joshua había tenido mucho que ver con eso.

Michael era enormemente apreciado por los *sherpas* que ayudan a todos los alpinistas porteando y cargando pesos imposibles para la mayoría de los montañeros. Se convirtió en un héroe para ellos cuando rescató a un *sherpa* llamado Tensing, que había sido abandonado por su expedición al caer en una enorme grieta de hielo en un glaciar. Pero en su fuero interno, Michael creía que solamente había hecho lo que le dictó su corazón en ese momento, lo que creía que debía hacer. Pero todos sabían que había arriesgado su vida para salvar a Tensing.

El reto esta vez era escalar el Lhotse, la cuarta montaña más alta del mundo. Sería el séptimo ocho mil de Michael. En esta ocasión estaba especialmente motivado, porque su mejor amigo, David, formaba parte de la expedición. Ambos habían compartido muchos viajes y montañas por todo el mundo, pero ésta era la primera incursión en el Himalaya para David.

El tercer integrante clave de la expedición era Albert, otro viejo amigo de Michael de su máxima confianza, con el que había coronado otros dos ocho miles.

Joshua decidió acompañar a Michael en este viaje para volver a pasar unas semanas en el monasterio de Rongbuk.

La expedición era muy reducida. A Michael no le gustaban los grandes grupos. Su experiencia le había enseñado que era más difícil mantener bajo control el ego de un gran grupo, pues demasiadas ambiciones juntas podían causar problemas. Siempre procuraba elegir bien a sus compañeros de viaje, personas cercanas en las que podía confiar plenamente, principalmente por su espíritu y valores.

Tras llegar a Katmandú y comprobar que el material enviado estaba en orden, coordinaron todo con la empresa encargada de la logística del viaje y los trámites, y se pusieron en marcha.

El Lhotse comparte campo base con el Everest, al cual se accede en avioneta desde Katmandú vía Lukla, y tras un largo *trekking*, pasando por varios poblados de *sherpas*, entre otros Namche, Dingboche y Lobuche.

Una vez en el campo base siguieron el plan previsto. Tras una semana de preparativos, dispusieron todo lo que debían subir a los campos superiores, pero a Albert se le declaró una leve pero desafortunada fiebre. Seguro que no sería nada, pensaron. El tiempo era perfecto y las previsiones auguraban un buen clima para los próximos días. Así pues, prepararon sus mochilas y a la hora prevista alzaron su mirada hacia la cumbre. Con los nervios tradicionales al iniciar un nuevo gran reto, los tres se pusieron en marcha hacia la gloria.

Dos horas después de iniciar la ascensión, cuando las pulsaciones estaban al máximo y la respiración era más dificultosa, Michael

se dio cuenta de que Albert había comenzado a toser. Su pecho no estaba recuperado del todo como para afrontar un reto de ese calibre.

Si seguía ascendiendo tenía todas las papeletas para encontrarse con un edema pulmonar a las primeras de cambio. El riesgo era máximo, por lo que, desgraciadamente, Albert se vio obligado a regresar al campo base.

Michael y David recuperaron parte del tiempo ascendiendo a buen ritmo. Tal como estaba previsto alcanzaron el campo IV sin más contratiempos.

A las cuatro de la mañana del día siguiente llegó la hora de la verdad. Prepararon todo el equipo y comenzaron el ataque a la cima. Iba a ser una jornada dura pero estable en cuanto al clima, aunque el viento era bastante más fuerte de lo esperado.

La montaña puede ser un remanso de paz, pero en ocasiones los dioses de las nieves castigan sin compasión a quienes osan hollar sus cumbres, mostrando toda la brutal fuerza de la naturaleza.

Poco a poco, el viento fue arreciando, las escasas nubes que surcaban los cielos comenzaron a cerrarse y la niebla apareció sin previo aviso. Lo que había despuntado como un día casi perfecto comenzó a tornarse en un panorama no tan halagüeño. En principio, nada había que temer según las predicciones del tiempo. Sin embargo, la montaña puede cambiar repentinamente las previsiones sin la más mínima advertencia, como si quisiera exigir respeto y humildad a todos los que aspiran a coronar su grandeza.

Michael y David pararon un momento para coger aire e intercambiar opiniones. Era obvio que el tiempo había cambiado, pero no parecía grave. Los dos se sentían fuertes, estaban cerca de la barrera de los 8.000 metros de altitud, por lo que, sin titubear, decidieron proseguir su ascensión, aunque las dudas visitaron sus mentes por primera vez.

No habían pasado aún dos horas tras su decisión de lanzarse a por la cumbre cuando la temperatura comenzó a descender rápidamente, y la sensación térmica era aún mucho peor. Lo que hacía poco era un maravilloso cielo azul, ahora estaba cuajado de negros

nubarrones. La niebla comenzó a envolverlos hasta que no pudieron ver más allá de unos pocos metros. Al mismo tiempo, el viento decidió soplar con más intensidad, creando una ventisca infernal que les azotaba los rostros y las manos como helados latigazos llenos de clavos.

En poco tiempo, la nieve comenzó a acumularse y la visibilidad era ya casi nula; el panorama se tornó extremadamente complicado. En esas condiciones no podían avanzar, por lo que a 8.200 metros decidieron esperar a que aquella tormenta amainase. Montaron la tienda de campaña, que a punto estuvo de volar por el fuerte viento, se pusieron lo más cómodos posible, prepararon una infusión y comieron algo para reponer fuerzas. Ambos hablaron sobre el inesperado y brutal cambio del tiempo. El nerviosismo de David se podía palpar. Michael, con su fuerte personalidad, fue capaz de transmitirle tranquilidad y confianza.

Pasaban las horas, pero el mal tiempo no remitía, sino que empeoraba. Tendrían que pasar la noche a esa gran altura, algo nada recomendable.

Fueron incapaces de dormir. Las fuertes y ululantes ráfagas de viento hacían imposible conciliar el sueño, junto con la tensión de los embates y los silbidos que éste producía. La sensación de que en cualquier momento la tienda saldría volando como una cometa era constante.

Al día siguiente, todo permanecía exactamente igual. La deseada mejoría del tiempo no había llegado. Se comunicaron con el campo base para informarse de las previsiones meteorológicas, y las noticias que recibieron no podían ser peores. La previsión indicaba que la tormenta no cesaría en breve. Tendrían que tomar una decisión.

Sabían perfectamente que en esas condiciones no podían atacar la cima y que la mejor opción era esperar a que el tiempo mejorase, si bien los dos eran conscientes de que no podían permanecer mucho más tiempo a esa altura sin oxígeno. La hipoxia, la falta de oxígeno en los pulmones, comienza a pasar factura; la debilidad aumenta rápidamente, y las congelaciones de manos y pies aparecen sin avisar. Por añadidura, uno de los factores más peligrosos, el

ego, hace que en demasiadas ocasiones no se tomen las decisiones correctas en las situaciones difíciles.

Se encontraban a tan sólo 300 metros de la cima, pero esa distancia, a esas alturas y en esas condiciones, podía convertirse en un infierno interminable. Tras reflexionar, Michael convenció a David para reiniciar la ascensión. Después de recogerlo todo se pusieron en marcha. Michael no era de los que hacían locuras, pero se veía tan cerca que decidió que tenía que intentarlo, aunque David no parecía muy convencido.

Iniciaron la ascensión. En medio de la gran ventisca era muy difícil apreciar la ruta correcta, ya que no habían encontrado cuerdas fijas en esa zona. En muy poco tiempo se dieron cuenta de que no había sido una buena idea. Tras volver a analizar la situación, Michael pensó que la mejor opción era descender: no tenía pinta de que el tiempo fuera a mejorar y cuanto antes comenzaran el descenso más fuerzas tendrían. Recibieron el aviso de que las otras expediciones que habían comenzado la ascensión y que se encontraban bastante más abajo que ellos también habían dado la vuelta y regresado al campo base, por lo que ellos eran los únicos que permanecían a esas alturas. Estaban solos.

David estuvo de acuerdo en regresar e iniciaron el descenso en medio de la ventisca. Michael tenía en su mente la ruta que deberían seguir para descender; la pregunta era si podría distinguirla, ya que la ventisca había borrado todas sus huellas.

Michael y David permanecían atados por una cuerda de unos 50 metros. Estar atado a un compañero es un acto de confianza total: tienes que tener auténtica fe en él y en sus capacidades. Ese compañero, y la cuerda que te une a él, es lo que te puede salvar la vida, pero también es lo que te puede arrastrar a la muerte. Cada uno pone su vida en manos del otro.

Michael, por su experiencia, abría el paso. David lo seguía a cierta distancia. La bajada era muy lenta, tenían que afianzar cada paso. La falta de visibilidad hacía imposible reconocer el terreno, y la tormenta no les daba tregua. Pero estaban decididos a seguir descendiendo. Sin saberlo se metieron en una trampa mortal.

Michael estaba desconcertado, no estaba seguro de seguir la

ruta correcta. De repente oyó un crujido. Más arriba, bajo los pies de David, el terreno cedió. Y una avalancha de nieve y rocas se precipitó hacia ellos.

David logró sujetarse, pero la gran masa de nieve y piedras pilló de lleno a Michael sin opciones de protegerse. El impacto fue brutal y lo arrastró hacia el abismo. Cuando la cuerda llegó a su tope, el fuerte tirón hizo que David perdiera su apoyo y comenzara a ser arrastrado por el peso de Michael.

David luchó con todas sus fuerzas para frenar su caída, aunque el enorme peso y la gran pendiente hacían casi imposible sujetarse. Finalmente logró clavar su piolet y los pies en la nieve, y en ese mismo instante un nuevo tirón, como un gran golpe seco, lo sacudió. Estuvo a punto de perder nuevamente el equilibrio y ser arrastrado otra vez.

Afianzado, David empezó a gritar desesperadamente el nombre de Michael. Los gritos retumbaban en su interior. Una sensación de absoluta soledad y abandono invadió su alma; se sintió rodeado y amenazado por la montaña, impotente, indefenso.

David se dio cuenta en ese instante de que, por la falta de visibilidad, Michael había perdido la orientación y se habían desviado de la ruta, terminando a la derecha de la arista del corredor por el que pretendían bajar. Esa línea de descenso los había llevado directamente a un gigantesco precipicio que terminaba en un enorme glaciar surcado de profundas grietas.

Mientras aguantaba el peso pudo sacar el teléfono y comunicarse con el campo base. Informó de la situación y de dónde creía que estaban. El silencio se hizo sepulcral en la tienda del campo base; todos se miraron unos a otros, y las caras no presagiaban nada bueno.

Desde el campo base le confirmaron que enviarían un equipo de rescate lo antes posible. El tiempo dificultaba lanzarlo en ese instante, si bien pondrían todos los medios disponibles a su alcance. El temporal hacía inviable el rescate por helicóptero: tendría que ser por tierra, al menos hasta que no mejorara el tiempo. Las previsiones indicaban que el temporal perdería intensidad en las próximas horas, aunque entonces podría ser ya tarde. Mientras, la noticia co-

rrió como la pólvora entre todas las expediciones que se encontraban en el campo base.

David seguía sufriendo y aguantando todo el peso de Michael, que, con todo el equipo, debía de estar cercano a los 100 kilos. La nieve seguía cediendo poco a poco bajo sus pies, y no había manera de buscar un punto de enganche para asegurarse.

A cada rato gritaba el nombre de Michael con toda el alma, pero la única respuesta era el incesante ulular del viento. Al permanecer inmóvil, el intenso frío se fue apoderando de él. Perdía gradualmente la sensibilidad en las manos y notaba que cada vez le costaba más sujetar la cuerda. David había perdido la noción del tiempo, pero ya llevaba más de dos infernales horas soportando ese enorme peso que lo empujaba hacia el abismo, y la hipotermia estaba al acecho.

La pared casi vertical y la fuerza del peso le seguían arrastrando poco a poco. Seguía sin lograr un buen anclaje, y cada vez que volvía a posicionar sus pies para buscar un apoyo más firme, la nieve cedía bajo sus crampones. Calculaba que ya le había arrastrado alrededor de 20 metros, hasta que llegó a un punto en el que ya no veía nada enfrente más que un enorme vacío que comenzaba a asomarse delante de él: el acantilado del que colgaba Michael.

David comenzó a gritar nuevamente el nombre de Michael. Más que su nombre, profería un grito desgarrador de desesperación, pero la única respuesta que obtenía eran los silbidos del viento. Al no oírle pensó que algo muy grave le había sucedido. Las dudas de lo que le podía haber ocurrido a Michael comenzaron a desaparecer. David empezaba a convencerse de que Michael había fallecido en la caída.

Se encontraba ante la peor situación a la que un escalador se puede enfrentar. La circunstancia más atroz: la vida de su mejor amigo pendía de sus manos. O por lo menos eso creía. No sabía si aún estaba vivo o muerto, pero si no tomaba una decisión, los dos serían arrastrados al abismo.

Por su cabeza comenzaron a pasar velozmente todo tipo de pensamientos, su corazón parecía querer huir de su pecho, y respiraba entrecortadamente porque le faltaba el aire. Acabó por ser

consciente de que sólo había dos opciones: cortar la cuerda, o abandonarse y caer al precipicio. Seguía preguntándose si Michael estaba vivo o muerto. Quería creer que había perdido la vida, porque de esa manera, si finalmente cortaba la cuerda, no se sentiría como el causante de su muerte. Pero las dolorosas contradicciones y las venenosas dudas seguían apuñalándole.

A duras penas pudo abrir un pequeño bolsillo lateral en el cinturón de la mochila en donde guardaba una afilada navaja. La abrió y la agarró con la mano derecha, mientras con la izquierda seguía sujetando la cuerda, que tiraba de todo su cuerpo. Una mano quería sostener la esperanza y en la otra estaba la supervivencia.

Las lágrimas de impotencia y desesperación comenzaron a brotar de sus ojos, helándose en sus mejillas. Se preguntaba si podría vivir consigo mismo si cortaba esa cuerda. La confusión interna, las contradicciones, el drama y la angustia lo asaltaban sin tregua, pero una vez más la nieve cedió bajo sus pies, lo cual lo devolvió a su incierta y peligrosa situación. Ya no tenía fuerzas para aguantar más; quedaba muy poco tiempo para que también él fuera arrastrado al abismo.

En ese instante tomó la decisión más dura de su vida, una decisión que ningún ser humano tendría que tomar jamás, la decisión más cruel, una decisión a la que nadie debería enfrentarse. Era como cortar el cordón umbilical que los unía, pero en este caso para sesgar una vida, la de su mejor amigo. Una decisión que viviría con él para el resto de sus días. Un aterrador bramido de dolor recorrió toda la montaña, gritó el nombre de Michael por última vez. En ese momento, mientras el sonido de la desesperación aún surcaba los cielos, David cortó la cuerda.

De repente se hizo el silencio; el tiempo se detuvo. Instantáneamente, los remordimientos más hirientes y dolorosos comenzaron a asaltarle. Su cuerpo quedó liberado de la enorme tensión del peso; sin embargo, la tensión interior crecía sin medida en su alma. Desolado, entre sollozos, se compadeció de sí mismo. Lanzó la navaja lo más lejos posible con todas sus fuerzas, queriendo alejar el sentimiento de culpa y sus remordimientos con ella. No lograba sacarse de dentro la sensación de haber cortado su propio corazón.

David permaneció inmóvil durante horas exactamente en el mismo lugar. Luego, hizo una pequeña cueva en la nieve para protegerse del viento y se acurrucó dentro de ella en posición fetal. Brutalmente desgarrado en su interior, inmóvil, no fue capaz de dejar de llorar, no tenía fuerzas para nada, su mente no dejaba de torturarlo dándole vueltas a si debía haber cortado la cuerda o no, a si Michael había muerto con la avalancha de nieve y rocas o si él había sido el causante de su muerte.

En ese momento no sabía si saldría vivo de allí, ni tampoco le importaba. Se preguntaba cómo explicaría lo ocurrido, cómo lo mirarían los demás al conocer el suceso. Fueron pasando las horas, y David seguía inmóvil, helándose. Su dolor era tan intenso que apenas era consciente del frío y de su dramática situación.

* * *

Mientras, Dennis y Horia, dos expertos montañeros de otra expedición que conocían a Michael y estaban en el campo base tras haber abandonado temporalmente la ascensión el día anterior, se prestaron como voluntarios para el rescate al conocer lo ocurrido.

Desde el campo base intentaron comunicarse con David, pero éste no respondía. A pesar de ello, el equipo de rescate se puso en camino a las cuatro de la mañana. Los dos alpinistas voluntarios ascendían a un ritmo increíble aun en mitad de la noche. Parecía que el tiempo comenzaba a dar un respiro. Según las estimaciones que habían hecho en el campo base, David se encontraba a unos 8.100 metros de altura, por lo que calculaban que, si todo iba bien, en unas ocho horas lograrían alcanzar el punto donde creían que David se encontraba.

Los dos escaladores avanzaron a un ritmo fuera de lo normal. Llegó el amanecer y, según avanzaba la mañana, el tiempo seguía mejorando. El viento amainó. Al parecer, los dioses de las nieves habían decidido darles un respiro.

Hacia las doce de la mañana, exhaustos, se aproximaron al punto desde donde creían que David se había comunicado con el campo base por última vez. Según se acercaban, buscaban rastros

de David y Michael. Comenzaron a gritar, pero no obtuvieron respuesta. En ese momento vieron los restos de una avalancha. Uno de ellos pudo percibir la marca semiborrada que había dejado David al arrastrarse por la nieve: ese rastro terminaba en un pequeño agujero a pocos metros del enorme acantilado.

Siguieron gritando los nombres de Michael y David, pero sólo el eco les respondía. Ambos comenzaron a perder la esperanza. Dennis se acercó hasta el pequeño agujero que se percibía en la ladera. Al llegar pudo ver a David acurrucado, totalmente inmóvil. Gritó con todas sus fuerzas a Horia para que se acercara.

David se había tapado de la mejor manera que pudo, pero el intenso frío y su pasividad le habían pasado factura. La hipotermia era evidente, aunque no sabían aún en qué grado, ni cuál era el estado de sus extremidades. Ambos comenzaron a frotarlo fuertemente, para activarle el riego sanguíneo y que comenzase a entrar en calor. Dennis le quitó a David el gorro y los guantes, totalmente helados, para ponerle los suyos, mientras Horia preparaba una infusión para David.

Hicieron el agujero un poco más grande para asegurarse y colocarlo todo. Mientras ordenaba las cosas de David, Horia comenzó a recoger su cuerda, y en ese instante fue consciente de lo que había sucedido. Mostró a Dennis la cuerda cortada. Ambos entendieron la situación al instante, la terrible realidad a la que David se había enfrentado.

David comenzó a reaccionar, pero no sabían qué parte de su *shock* era físico y qué parte era mental, porque aún no había articulado una sola palabra. Ni siquiera era capaz de mirarles a los ojos. Conscientes de la situación, los dos voluntarios comenzaron a exhortarle con palabras de comprensión y de ánimo:

—¡David, has hecho todo lo que has podido! ¡Te quedaste a pocos metros del acantilado y estuviste a punto de caer también por resistir! ¡No había otra opción! ¡Has hecho lo que tenías que hacer! ¡No había otra opción! ¡Todos hubiéramos hecho lo mismo! No te preocupes. Y ahora vamos a salir de aquí.

David negaba con la cabeza y lloraba como un niño, el dolor que transmitía era indescriptible. A regañadientes, tomó la infusión.

Lentamente comenzó a reaccionar, mientras seguían masajeándole y haciéndole mover las piernas y los brazos. La zona en la que se encontraban era muy peligrosa, además de ser un punto habitualmente barrido por avalanchas, por lo que no podían permanecer allí mucho más tiempo. Dennis y Horia se miraron, asintieron con la cabeza y, sin dejar opción a la duda, dijeron: «¡Vamos!».

Cuidadosamente lo levantaron, lo aseguraron con una nueva cuerda y comenzaron el descenso. Tras horas de sacrificio y un enorme esfuerzo por parte de ambos alpinistas voluntarios, alcanzaron el campo base. El espíritu, el coraje y la voluntad de ambos obraron el milagro: habían rescatado a David de una muerte segura.

El cuerpo de Michael era irrecuperable: permanecería descansando eternamente en sus amadas montañas.

Albert llamó a Joshua, que se encontraba ajeno a todo en Rongbuk. En cuanto lo informaron de que tenía un mensaje del campo base, presintió que algo iba muy mal. La peor de las posibles noticias se confirmó. Perder a un hijo es algo que nadie tendría que sufrir. La naturaleza nos dice que un padre debe irse antes que un hijo, pero el destino a veces dicta otra sentencia.

Joshua inclinó la cabeza y clavó su mirada en el suelo. Muchos de los momentos más importantes de la vida de Michael pasaron frente a él. Instantes después alzó la vista y miró al cielo; las lágrimas se podían percibir en su rostro. Estaba dando gracias por la intensa y maravillosa vida que su hijo había podido vivir.

Encendió varias velas y, en una mezcla de meditación y oración, siguió visualizando su vida con Michael. Su hijo había sido verdaderamente alguien muy especial, había aprendido mucho y seguía creciendo interiormente cada día de su vida. Joshua aún tenía planes para él y algunos secretos que enseñarle. Guardaba un libro muy especial para Michael que contenía el conocimiento y la sabiduría que había adquirido en toda su inusual y extraordinaria vida.

Apenas le habían dado detalles sobre la tragedia. Joshua decidió viajar hasta Lukla. Una vez allí, Albert le describió todo lo sucedido en el trágico accidente para que estuviese preparado antes de ver a David. Joshua comprendió al instante lo que David estaba padeciendo.

Transcurrieron dos días sin que David apenas articulara palabra, hasta que finalmente se encontró con Joshua. La cara de David era el fiel reflejo de sus tormentos; físicamente estaba allí, pero su espíritu estaba ausente. Joshua se acercó a él con una mirada de compasión y, sin mediar palabra, se fundió en un fuerte y largo abrazo con el joven.

David se derrumbó en sus brazos, llorando con tal intensidad que, cada vez que intentaba decir algo, las palabras se ahogaban en su garganta y era incapaz de detener su inmenso dolor. Joshua seguía abrazándolo fuertemente, susurrándole al oído, calmándolo, confortándolo:

—Ya está, ya está, no tienes que preocuparte por nada, cálmate.

Joshua sabía que David tenía que liberar toda la presión que llevaba dentro. Se fueron a solas a tomar una infusión para que pudiera tranquilizarse y hablar con él. Finalmente logró calmarse. Fue entonces cuando Joshua le pidió que le contara lo sucedido, algo que David no quería ni recordar. Sin embargo, Joshua sabía que si David contaba toda la historia, él se escucharía a sí mismo y se daría cuenta de que no había tenido otra opción, que, por dura que hubiese sido aquella tragedia, había hecho lo correcto.

Revivir el accidente fue desgarrador para ambos. Sin embargo, al hacerlo David comenzó a ser más consciente de toda la situación y cambió su visión gracias a Joshua, que le mostró que él no había sido el causante de nada, sino la impotente víctima de aquella desgraciada fatalidad.

Joshua siguió haciendo un gran trabajo psicológico con David durante varias horas, le hizo ver que no había tenido ninguna otra alternativa, que había hecho lo que tenía que hacer, que cualquiera hubiese hecho lo mismo y que, de lo contrario, habría cometido un suicidio sin sentido.

David se sintió mejor y más aliviado. Aunque Joshua logró liberar mucha de la tensión y culpa que David sentía, sabía que necesitaría mucho tiempo y comprensión para superar aquel terrible drama y volver a su vida con normalidad.